

EMBANDERADOS CON LA

IDENTIDAD

Una identidad ampliamente compartida puede constituir la base del sentimiento de destino común que constituye la esencia de la buena política

Andrés Velasco

¿Qué es el populismo? No es de extrañar que los economistas hayan definido este fenómeno en términos exclusivamente económicos. La definición clásica considera el populismo como un planteamiento de la economía que pone el énfasis en el crecimiento y la redistribución del ingreso y resta importancia a los riesgos de inflación y financiamiento mediante déficits, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos a políticas contundentes no basadas en principios de mercado (Dornbusch y Edwards, 1991).

El problema de esta definición es que no es aplicable a la mayoría de los regímenes a los que actualmente se considera populistas. Es posible encontrar ejemplos incluso entre los gobiernos populistas de izquierda de América Latina, precisamente aquellos que se supone podrían encuadrarse en la definición de Dornbusch-Edwards. El ex Presidente de Bolivia Evo Morales, al menos durante sus primeros años en el poder, fue prudente en la gestión de los ingresos nacionales procedentes del gas; recientemente, el Presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, ha recortado los gastos y se ha mantenido dentro de los límites de un déficit presupuestario bajo.

El populismo *político*, distinto del populismo *económico*, ofrece una solución a este enigma: puede darse el uno sin el otro.

El populismo es una forma de hacer política en la que el conflicto ocupa un lugar central (Müller, 2016; Mudde y Rovira, 2017). Un grupo homogéneo denominado “el pueblo” suele enfrentarse a otros grupos: la “élite”, minorías locales, inmigrantes o extranjeros.


Müller destaca la interpretación moralista de la política que hacen los populistas: quienes están del lado del pueblo tienen altos valores morales; el resto no los tienen y están a las órdenes de una élite corrupta.

El planteamiento populista de la política se apoya en una tríada: negación de la complejidad, antipluralismo y un enfoque personalista de la representación política. La mayoría de nosotros cree que las elecciones sociales (¿construir más escuelas u hospitales?, ¿estimular o desincentivar el comercio internacional?, ¿liberalizar o limitar el aborto?) son complejas y que las opiniones contrarias sobre qué hacer son una consecuencia natural de esta complejidad. Los populistas no están de acuerdo.

Así pues, inevitablemente, no creen en el pluralismo. Para ellos solo existe una opinión correcta —la del pueblo— que es, por tanto, la única con legitimidad política. De ello se deduce que los complejos mecanismos de la democracia liberal, que entrañan delegación y representación, son innecesarios. No hay necesidad de debates parlamentarios interminables: la única “voluntad del pueblo” puede expresarse en un único voto. Es así que a los populistas les encantan los referendos y suelen moverse en el terreno resbaladizo hacia el autoritarismo o lisa y llanamente hacia la dictadura.

La política prevalece sobre la economía

¿Qué hay detrás del auge del populismo? La respuesta habitual es el bolsillo. En países como Estados Unidos y el Reino Unido, la distribución del ingreso ha empeorado y el 1% de la población se queda con



la mayor parte. En lugares olvidados por los cambios tecnológicos y la globalización, la gente ha perdido su empleo y su paciencia. La crisis financiera mundial de 2008 no solo provocó mucho sufrimiento; también reforzó el convencimiento de que las altas finanzas y las grandes empresas (*Wall Street*) son el enemigo del ciudadano medio (*Main Street*). No es de extrañar que la política se haya convertido en una gran confrontación y que los populistas lleven ventaja.

Si esta narrativa es correcta, la conclusión en materia de políticas es sencilla: aplicarles impuestos a los ricos, redistribuir más ingresos y echar a los sinvergüenzas que estaban a las órdenes de los banqueros. El populismo, con el tiempo, se desvanecerá. La narrativa habitual es sencilla y atractiva. Pero ¿es correcta? ¿Constituye una base sólida para una respuesta de política económica?

No faltan estudios empíricos que pretenden demostrar que, en América del Norte y Europa occidental, las fuerzas que impulsan el populismo son principalmente económicas. Pero también existen abundantes estudios en los que se concluye que el auge del populismo es el resultado de una reacción cultural. La evidencia en favor de esto último no se limita a Estados Unidos y el Reino Unido, argumentan Inglehart y Norris (2016), quienes han estudiado partidos populistas de 31 países europeos. Concluyen que, en general, la evidencia más consistente respalda la tesis de la reacción cultural.

Hasta el momento, la evidencia más formal hace referencia a las posibles fuentes de populismo en los países prósperos de América del Norte y Europa occidental. Las investigaciones empíricas formales sobre las causas del populismo en las economías emergentes son mucho más escasas. Sin embargo, la evidencia informal sugiere una historia más bien distinta de la que se cuenta sobre las naciones ricas.

En la narrativa sobre los países ricos, el estancamiento económico y las frustraciones de los marginados ocupan un lugar central. En las economías emergentes, en cambio, el populismo de derecha está floreciendo en países con sólidos resultados económicos; justo lo contrario de lo que predeciría la hipótesis de la “inseguridad económica”. Filipinas, India y Turquía han crecido a tasas de 6,5% a 7% desde 2010. Polonia apenas sufrió los efectos de la crisis financiera europea y ha liderado el crecimiento en Europa, con una tasa promedio de crecimiento per cápita de más de 4% desde 1992.

Pensemos también en la vecina República Checa, donde el desempleo es solo del 2,3%, la tasa más baja de la Unión Europea, y la economía creció un 4,3% en 2017. El país tiene pocos inmigrantes y ninguna crisis de refugiados de la que hablar. Sin embargo, los partidos populistas atrajeron

a cuatro de cada diez votantes en las últimas elecciones, una cifra diez veces superior a la de hace dos décadas.

Así pues, en estos países el populismo parece ser fruto de la bonanza económica, y no del sufrimiento. Además, en la narrativa habitual se supone que quienes pierden con la globalización abrazan el populismo; sin embargo, países como Filipinas, Hungría, India, Polonia y Turquía son claros ganadores en la globalización y, aun así, también han terminado siendo populistas.

Un último hecho espinoso a tener en cuenta es que, si el aumento del populismo indicara un reclamo redistributivo, sería de esperar que este aumento tuviera lugar en la izquierda y no en la derecha. Sin embargo, se observa un éxito espectacular de los populistas de derecha, como en Brasil, Estados Unidos, Hungría y muchos otros rincones del mundo. Algunas de las políticas de estos populistas probablemente empeoren la distribución del ingreso en lugar de mejorarla y, aun así, cuentan con el apoyo de votantes de la clase media y la clase trabajadora.

Una función esencial de la política es gestionar conflictos, económicos y de otro tipo. El giro hacia el populismo y el autoritarismo hace pensar en un fracaso de la política democrática a la hora de gestionar con eficacia esos conflictos. La razón está en una sola palabra: identidad.

Raíces identitarias

En su reciente libro titulado *Identidad: La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, Francis Fukuyama argumenta que las personas no suelen buscar un reconocimiento de su individualidad sino de su semejanza con otras personas. La gente también quiere que se reconozca y respete esa identidad. Fukuyama nos recuerda que los filósofos, desde Aristóteles a Hegel, han situado el deseo de ser tratado con respeto en el centro de la motivación humana. Por tanto, la política identitaria es, en todas partes, una lucha por el reconocimiento de la dignidad.

¿Qué tiene que ver con esto el populismo? Mucho. A las definiciones anteriores debe añadirse que el populismo es un estilo de política que *manipula y exagera las divisiones identitarias* para obtener beneficios políticos. El populismo es un tipo de política identitaria. Siempre se trata de nosotros contra ellos.

La política identitaria no es un tema sencillo para los economistas. Hasta hace poco, en la teoría económica no había espacio para la identidad. Se suponía que los seres humanos tenían preferencias, pero que nos gustara una cosa y no nos gustara otra no llegaba a formar un conjunto coherente al que pudiéramos llamar identidad. George Akerlof y Rachel Kranton se propusieron cambiar esto. Argumentan que, en un gran número de

EL POPULISMO ES UN TIPO DE POLÍTICA IDENTITARIA. SIEMPRE SE TRATA DE NOSOTROS CONTRA ELLOS.

contextos, las preferencias se estructuran según la elección de una identidad social por parte de los individuos. Los dos economistas comenzaron así a estudiar las implicaciones económicas de estas preferencias.

Este enfoque identitario promovido por Akerlof y Kranton sirve para analizar un gran número de cuestiones, pero a fin de comprender el vínculo entre la política identitaria y el populismo cabe destacar tres en particular. La primera es que las personas están dispuestas a pagar un alto precio, financiero o de otro tipo, para fortalecer su identidad. Por ejemplo, en las escuelas de enseñanza secundaria de Estados Unidos (Akerlof y Kranton, 2002), los estudiantes que se identifican como *nerds* (cerebritos) estudian mucho, mientras que los *jocks* (deportistas) o los *burnouts* (quemados) no estudian y tienen un bajo rendimiento, incluso a un alto costo, ya que estos comportamientos refuerzan su identidad y autoestima. De forma similar, los políticos populistas adoptan políticas extremas y, en última instancia, insostenibles como forma de indicar a los votantes que ellos (los políticos) no están sometidos a las élites poderosas. Por lo tanto, lo que en la superficie parece ser un comportamiento económico autodestructivo, es bastante racional una vez que se tiene en cuenta la identidad. Y es innegable que el populismo implica numerosas elecciones de política económica autodestructivas.

En segundo lugar, la identidad está sujeta a mayores rendimientos políticos y sociales. A medida que aumenta el porcentaje de personas que se identifica con un grupo determinado, también aumenta la presión social para identificarse con ese grupo y seguir su código de conducta. También, la gente puede elegir un grupo con el cual identificarse y, una vez ahí, actuar de forma que la distancia entre ellos y el grupo sea mínima.

En tercer lugar, si la identidad se convierte en el principal determinante del comportamiento político, en la batalla política resultarán útiles otras armas distintas de las políticas económicas. Los políticos populistas suelen emplear de forma estratégica un discurso tóxico y divisorio para “movilizar a las bases” y modificar el tamaño de los grupos identitarios rivales. Los populistas no son desagradables por error; lo son por diseño.

Si la identidad es esencial para el populismo, y el populismo es fundamental en la política contemporánea, ¿cómo deben responder las autoridades y los políticos democráticos? En primer lugar, deben afrontar

la realidad y aceptar que la identidad importa, y que sus subproductos no siempre son buenos.

Centrar la atención en la identidad da lugar también a prestar mayor atención a cuestiones que durante mucho tiempo se han descuidado o tratado de forma incorrecta. Fijémonos, por ejemplo, en la difícil situación de las ciudades en las que la desindustrialización ha destruido empleos. En el pasado, la recomendación habitual era mudarse a un lugar con abundantes empleos bien remunerados. Hoy entendemos que este no es necesariamente un buen consejo. No solo se trasladan quienes tienen un mejor nivel educativo y son más emprendedores, dejando atrás comunidades que luchan por mantener a flote las empresas y llegar a fin de mes. También, la combinación de pérdida de empleos y emigración debilita a la comunidad local y pone a prueba la identidad compartida. Es por eso que las políticas con un enfoque local son una herramienta fundamental de las autoridades democráticas.

Algo más debe cambiar: los dirigentes democráticos deben aprender a practicar la política identitaria, aunque del tipo adecuado. Los seres humanos no pueden abandonar su identidad en sentido restringido, que es la más firmemente arraigada. Pero las identidades ampliamente compartidas también tienen importancia, y pueden constituir la base del sentimiento de destino común que constituye la esencia de la buena política. Como observó el historiador Michael Ignatieff en la edición del 5 de septiembre de 2019 del *Financial Times*, la identidad nacional es una contienda continua para definir quién pertenece al nosotros nacional. La única alternativa a esta brecha es una identidad compartida, un sentimiento nacional basado no en la errónea sensación de superioridad racial sino en el hecho de que nuestra patria representa valores universales nobles. **FD**

ANDRÉS VELASCO es Decano de la Escuela de Política Pública de la London School of Economics y ex Ministro de Hacienda de Chile.

Referencias:

- Akerlof, G. y R. Kranton. 2002. "Identity and Schooling: Some Lessons for the Economics of Education". *Journal of African Development* 40 (4): 1167-201.
- Dornbusch, R. y S. Edwards. 1991. "The Macroeconomics of Populism in Latin America". En *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, editado por R. Dornbusch y S. Edwards. Chicago: University of Chicago Press.
- Inglehart, R., y P. Norris. 2016. "Trump, Brexit, and the Rise of Populism: Economic Have-Nots and Cultural Backlash". HKS Faculty Research Working Paper Series RWP16-026, Harvard Kennedy School, Cambridge, MA.
- Mudde, C. y C. Rovira. 2017. *Populism: A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Müller, J.-W. 2016. *What Is Populism?* Filadelfia: University of Pennsylvania.